

REY.  
Daráos favor.  
GARCÍA.  
Y enemigos.  
Y no os tenéis que cansar;  
Que yo sé no me conviene.  
Ni daré por cuanto tiene  
Un dedo del Castañar.

Don Mendo se encapricha por Blanca, mujer de García, la cual sin embargo le responde con discreta ingenuidad; y Don Mendo se aventura á entrar de noche en su cuarto por la ventana. En vez de Blanca encuentra al mismo García, que la casualidad habia llevado allí ántes que fuese hora, y que le respeta porque le cree su rey, y le permite volverse por el balcon por donde habia entrado.

Seguro podéis bajar  
Porque yo os tengo la escala.

Este doble error de García y Mendo es una de las mas felices ideas dramáticas; el primero que, creyendo conocer al rey, convierte la amenaza en respeto; el segundo, que se pone con esto arrogante, no recelando que los miramientos observados por García provengan de otra cosa mas que de la superioridad de un señor respecto de un pobre campesino.

Agitan al noble labrador pensamientos borrascosos; no puede sufrir el deshonor; ni evitarlo, si el mismo rey se lo proporciona; ni huir, pues se diria que habia abandonado el pabellon nacional, cuando mas se necesitaba de gente armada. Decide matar á Blanca; pero, al ir á ejecutarlo, tiembla, desmaya, y ella huye viva de entre sus manos.

Sumida en el dolor y en la incertidumbre, Blanca huye á la corte del rey, donde encuentra refugio. García la sigue allí; pero, ¿cuál queda al ver que el rey no es quien habia creído, y al distinguir á su lado á Don Mendo! Entonces lleva á este á otra habitacion y le degüella. Volviendo á entrar despues con el puñal ensangrentado, lo arroja á los piés del rey y se somete al juicio. Preguntándole Alfonso por qué habia perdonado á Don Mendo cuando le encontró en el cuarto de su esposa, García le contesta que porque le habia tomado por el rey, y concluye con estos célebres versos:

No he de permitir me agravie  
Del rey abajo ninguno.

Alfonso le perdona y le admite á gran prianza.

Sancho Ortiz de las Roelas es reputado el mas perfecto caballero de Sevilla; tanto que Don Sancho el Bravo le llama para cometerle la defensa de su honor contra uno de los principales vecinos que habia insultado al monarca, mientras este ponía asechanzas al honor de su hermana. Hace jurar á Ortiz que desafiará á un

reo, cuyo castigo secreto exige la razon de Estado, y cuyo nombre hallará en un billete que le entrega.

Al abrirlo, Ortiz lee el nombre de Don Bústos Tavera, su mas fiel amigo, el hermano, el único apoyo de Estrella; de Estrella, su primer amor, á quien debe dar aquel mismo dia la mano de esposo. El honor no permite vacilar; si el rey, justicia visible, se cree ultrajado, lo estará, y el caballero debe sacrificarle la vida. Va, pues, desafia á Bústos, que en vano se resiste á combatir, y le mata; inmediatamente es desarmado y conducido al castillo, en medio de la conmocion de la ciudad, que lamenta la muerte de su héroe. Los dos alcaldes que instruyen el proceso, le ruegan enternecidos que aduzca alguna excusa; con solo que declare haber sido ofendido, se le absolverá: pero él no sabe qué responder:

DON SANCHO.  
Yo le he muerto:  
Esto confieso, y la causa,  
Pues tan callada la tengo,  
Si hay alguno que la sepa,  
Dígalo; que yo no entiendo  
Por qué murió; solo sé  
Que le maté sin saberlo.

El rey le dice que se excuse, y que él apoyará con toda su autoridad las disculpas que presente, pero Ortiz calla. La misma Estrella viene, y con una pasion noble y generosa en la desgracia, no puede ni encontrarle culpado, ni inducirle á disculparse, de manera que acaba por dejarle en medio de las mas acerbas quejas.

Abrumado por aquella lucha entre el amor y el deber, invoca la sentencia, y los alcaldes pronuncian la de muerte. El rey los llama á sí separadamente, y los exhorta y hasta les ordena que cambien en destierro la pena capital; pero ellos, concertándose, dopenen á sus piés las varas, emblemas de la justicia, igual con todos é inflexible, y de la cual los haria indignos de ser órganos y ministros una baja condescendencia.

El rey, no teniendo otro partido que tomar, se carga con la culpa, é inmediatamente es anulada la sentencia. Estrella renueva los juramentos de eterno amor á Ortiz; pero ni ruegos ni mandatos la inducen á casarse con él, y se retira á un convento. Ortiz va á buscar la muerte á las fronteras de Granada.

*Dios por razon de Estado*, auto sacramental de Calderon, está precedido de un prólogo en que figuran personajes alegóricos. La Fama anuncia que la teología sostendrá un torneo en la universidad del mundo contra todas las ciencias. Luego viene la Teología con su padrino la Fe, y plantea tres proposiciones que defenderá, á saber: la presencia de Dios en la Eucaristía; la nueva vida que el hombre recibe cuando comulga, y la necesidad de comulgar á menudo. La Filosofia combate la

primera proposicion, teniendo por testigo á la Naturaleza; arguye como en las escuelas, y lidia como en los torneos; la Teología vence. La Medicina combate con el discurso la segunda proposicion, y pierde. En seguida viene la Jurisprudencia con la Justicia, y experimenta igual suerte. La Teología quiere celebrar la victoria con un auto, en que, segun las leyes profesadas por el universo, se probará hasta la evidencia que solo la ley católica debe seguirse, como que en su favor militan juntas la razon y la conveniencia.

En el auto figuran el Espíritu, primer galan, el Pensamiento loco, el Paganismo, la Sinagoga, el África, el Ateísmo, San Pablo, los Siete Sacramentos, la Ley Natural, la Ley Escrita, la Ley de Gracia y Coros.

El Coro canta. « Gran Dios, que no conocemos, abrevia el tiempo, y haz que creamos en ti. » Y en seguida aparece el Pensamiento y el Espíritu, y son trasladados á un templo consagrado al Dios desconocido. Allí se hacen nuevas súplicas; el Paganismo ruega á Dios que ocupe el templo que le han erigido los hombres; pero el Espíritu disuade á los que le rinden culto, y quiere saber cómo ha podido nunca ser Dios un ente desconocido; sobre lo cual disputa escolásticamente con el Paganismo. Tambien quisiera disputar con el Pensamiento; pero este prefiere bailotear, y entra en la danza que se baila en honor de Dios, dirigida por el Paganismo, figurada en cruces, y donde con palabras misteriosas se invoca al Dios trino desconocido. De repente la tierra tiembla, el sol se eclipsa, los que bailaban huyen, excepto el Paganismo, el Espíritu y el Pensamiento, que se detienen á discutir las causas de este terremoto. El Espíritu dice (como el Areopagita) que ó el mundo sucumbe, ó su Criador padece; el Paganismo exclama, que Dios no puede padecer; de donde se originan nuevos argumentos entre ambos, mientras que el Pensamiento, á fuer de loco, corre de uno á otro, pensando siempre como el último interlocutor.

Una vez solo con el Espíritu, van á buscar por todo el mundo al Dios desconocido, capaz de padecer. Encuentran en América al Ateísmo, é interrogado este sobre el origen del mundo, contesta que de todo duda, y que todo le es indiferente; por lo cual el Pensamiento, apurada la paciencia, lo arroja fuera á palos. El África espera á Mahoma, y entretanto adora al Dios desconocido, sin conocer su ley; pero el Espíritu cree que uno puede salvarse en todas las religiones, y que la revelada ofrece solo un medio de mayor perfeccion; blasfemia que los hace separarse amenazadores. El Espíritu se dirige á la Sinagoga en Asia, pero la encuentra agitada por el decretado suplicio del Mesías, á cuya muerte la tierra tembló, y se oscureció el sol. Otra disputa con aquellos, interrumpida por relámpagos y por una voz que grita á San Pablo: « ¿ Por qué me persigues? » San Pablo se convierte, y empieza á argumentar contra el

Espíritu y la Sinagoga, para probar la revelacion. Introduce la Ley Natural, la Escrita y la de Gracia, para mostrar que todos se unen en el Cristianismo; los Siete Sacramentos, para probar que son su apoyo. El Espíritu y el Pensamiento quedan convencidos; el Paganismo y el Ateísmo se convierten; la Sinagoga y el África resisten; pero el Espíritu con el coro concluye que el entendimiento humano deberia llegar á amar al Dios desconocido y á creer en él por razon de Estado, aun cuando le faltase la fe.

Dará idea de los dramas divinos la *Vida de San Nicolas de Tolentino*, de Lope. Al principio, una porcion de estudiantes bromean y se entretienen en lides de ingenio. Uno de ellos es famoso por su piedad y sus buenas costumbres, que resaltan en medio del irreligioso libertinaje de los demas. El diablo se mezcla con ellos disfrazado. Un espectro aparece en el aire; el cielo se abre; Dios Padre ocupa el asiento de juez universal, dividido entre la misericordia y la justicia.

Pásase desde el paraíso á una escena de amor entre Doña Rosalia y Feniso, y el santo estudiante, ya canónigo, llega, pronuncia un sermón, y sus padres se alegran de tener tal hijo.

El acto II empieza con escenas soldadescas, y llegando el santo en union de otros monjes, ora y predica. Fray Peregrino refiere su conversion producida por el amor; disputan sobre puntos teológicos y escolásticos; él ora de nuevo y en éxtasis se eleva en el aire, adonde la Virgen María y San Agustin bajan á recibirle.

En el acto III dos cardenales muestran en Roma el Santo Sudario; Nicolas viste el hábito de fraile, y durante la ceremonia los ángeles cantan invisibles, y el demonio, atraído por aquella melodía, tienta al Santo. Véense entonces las almas del purgatorio, y el diablo que vuelve cercado de leones y serpientes; pero un monje, echándole encima un barril de agua bendita, le lanza de allí.

El Santo baja del cielo con un manto sembrado de estrellas, y apenas ha tocado la tierra, ábrese una roca; sus padres salen del purgatorio por aquella abertura, le dan la mano y suben con él al paraíso.

En *El Purgatorio de San Patricio*, de Calderon, los principales personajes son: Patricio, cristiano perfecto, y Ludovico Enio, extremo de maldad. Naufragos en las costas de Irlanda, el primero toma al otro en brazos, y le conduce á nado á la orilla. Allí cuentan al rey idólatra sus aventuras; Patricio, virtudes y milagros; Enio, maldades y culpas de las peores que un hombre puede cometer, si bien conservándose siempre fiel á la religion. El rey de Irlanda perdona á Enio el ser cristiano en consideracion á sus delitos, y desfoga toda su ira con el virtuoso Patricio. Enio acumula maldades sobre maldades, y añade perfidias á ase-

sinatos; pero Patricio, que se ha propuesto convertirle, le sigue como el ángel bueno. No bastan para convertir al rey sus milagros, entre otros el de resucitar á su hija seducida y luego muerta por Enio, y pide ver con sus propios ojos el Purgatorio. Patricio le conduce, pues, con toda la corte á una caverna, por donde se entra en el Purgatorio. Apénas el rey la ve, se lanza á ella blasfemando; pero San Patricio hace de modo que, en vez de llegar en medio de los que purgan sus culpas, vaya derecho al infierno, y esto basta para que se convierta toda la isla.

Ludovico, despues que hubo muerto á su amante, anduvo vagando por Europa, y al fin, con objeto de ejecutar una venganza, volvió á Irlanda; pero, miéntras espera á su enemigo, se le presenta un embozado que le desafía, y despues de fatigarle, se levanta el embozo, y aparece un esqueleto, el cual dice:

... « ¿No te conoces?  
Este es tu retrato propio.  
Yo soy Ludovico Enio. »

Entónces Ludovico, herido de arrepentimiento, cae al suelo implorando la misericordia divina, y exclamando:

« ¿Que será satisfaccion  
De mi vida? »

Y una música angelical responde:

« El Purgatorio. »

Resuelve, pues, buscar el Purgatorio de San Patricio por el mismo camino que había seguido el rey. Oye las exhortaciones de algunos canónigos, va, y saliendo de allí perdonado y santificado, refiere lo que ha visto.

Simplezas de un marido tonto, coqueterías de una mujer fácil, ángeles y mitología adornan esta extraña produccion.

Si aun el lector no está suficientemente cerciorado de la mezcla de grandeza y extravagancia que caracterizan al teatro español, citaré una comedia muy estimada y representada bastante á menudo, que se atribuye á Luis de Belmonte, y se titula el *Mayor contrario amigo*. La idea fundamental es el triunfo de la religion franciscana; pero tales cosas contiene que muchos la creen una sátira continua de esa orden. Sea lo que quiera, Lucifer, irritado de que los Mendicantes le roben tantas almas, resuelve perseguirlos hasta el punto de que no obtengan mas limosnas. Así, pues, al empezar el acto primero, sale á la escena á caballo en un dra-

gon, y manda á los habitantes del reino de las tinieblas y el espanto que le abran. Asmodeo abre, y Lucifer le refiere sus triunfos en todo el mundo, excepto algunas partes de Europa que le niegan su homenaje, y donde, si no se acude pronto con el remedio, es fácil se afiance el imperio de Cristo.

Discurren, pues, sobre los medios de oponerse; en España difundirán máximas impías en la clase média, para que cesen las devociones y limosnas; con los ricos no habrá que fatigarse, pues bastará la ambicion para hacer que se olviden de los pobres. Lucifer se detiene en Luca para abolir un convento que allí tienen los Franciscos.

La razon de ser la escena en Luca, la adivinaremos quizá reflexionando que en esta ciudad se habían propagado mucho las ideas luteranas, y á los innovadores los personifica el poeta en Ludovico, grande adversario de los frailes. Habíase casado con él Octavia, jóven virtuosa, sacrificada por docilidad á su padre, y que no puede amar á su impío y perverso marido, mayormente cuando había querido ántes á otro. Lucifer, que asiste invisible á la escena, sopla acá pasion, allá celos.

Fray Antolin, dotado de mucha fe y esperanza, pero á quien falta la caridad, aumenta la aversion de Ludovico hácia los frailes. Luego Lucifer sugiere al oido de todos aquellos á quienes acuden los frailes en demanda de limosnas, razones que los excitan á no darlas, y consigue su expulsion. Pero el arcángel San Miguel aparece, reprende seriamente á Lucifer, y le impone por castigo que deshaga cuanto ha hecho, que Ludovico vuelva á someterse á su ley y que se construya á los frailes un nuevo convento.

Aquí debían divertirse mucho los espectadores viendo á Lucifer afanado por deshacer su obra, convertir gente y reintegrar en su dominio á los frailes. El mismo diablo, vestido de fraile, conforta á estos para que sufran con paciencia la prueba, y le creen un ángel, un Elías. Lleva al convento provisiones en mayor número que las que les habían producido nunca las limosnas, y despues se esfuerza en salvar la vida y el honor de la mujer de Ludovico, por medio de milagros que proporcionan gran crédito á la orden de San Francisco. Solo Ludovico se obstina, visto lo cual, Dios le abandona, y es precipitado en el infierno, repartiéndose sus bienes á los pobres por Astarot, que había tomado su semejanza. Pero, miéntras que todos exaltan la milagrosa santidad de Fray Forzado, este descubre quién es, y cómo el mayor contrario de los Franciscos había tenido que convertirse en su amigo.

## NÚM. XIV

### DE LA CANCION Y DE LA POESÍA POPULAR.

Desde el principio de esta Coleccion hemos manifestado la importancia que dábamos á la poesía popular é indagado su naturaleza, sus formas, su fondo y las pruebas que en ella pueden encontrarse de la civilizacion de un país. Se ha hablado despues tanto, aun en Italia, de poesía popular, que lo que en aquel tiempo pareció á algunos blasfemia é insulto, no solo espero me sea ahora perdonado, sino que se me figura ver á los mismos que entónces lo aborrecían ó lo despreciaban, engalanarse hoy con ello presentándolo como una novedad.

Aquellas epopeyas ó canciones se compusieron bajo la impresion de los objetos habituales, adoptándose en seguida porque eran el eco de las pasiones de todos, y porque expresaban lo que sentían millares de hombres. Los pueblos incultos cantan mejor, porque no saben escribir ni hablar con extension: los que escriben y hablan demasiado, pierden la facultad poética. En aquella virgen inspiracion del ingenio, en aquellas sencillas palabras cantadas por el pueblo con melodías fáciles de comprender y de retener, la poesía de las imágenes está siempre asociada á la poesía del afecto; no presentan delicadezas del arte, cuales se pretenden en la literatura erudita; no saben detenerse en una misma imagen, sino tocan y pasan; restringen y vuelan, concentrando el sentimiento, á diferencia de la poesía artística que desperdicia y amplifica; pero poseen bellezas, á la par sencillas y profundas, que jamas se ofrecen á la fantasía de personas de educacion, y que el pueblo no busca, sino encuentra en sí mismo. Y como la fuerza de la cancion popular consiste en su accion sobre la vida, de vida necesita estar llena.

Ademas las tradiciones, aunque parezcan insulsas y viciadas, ó proceden de algun hecho, ó tienen raíces en alguna verdad profunda, de modo que no puede mirarlas con desprecio el que estudia en la historia, no la anécdota, sino el hombre. La historia conserva los nombres engrandecidos por los servicios hechos á la patria y á la humanidad; la poesía conserva tambien las virtudes y los delitos privados.

No importa que los asuntos que elija la poe-

sía pertenezcan á épocas presentes ó pasadas. Siempre que en una vida, en una edad, la imaginacion domina mas que la razon, se encuentra fácilmente una abundancia de dichos y hechos poéticos, que agradan mas que á la razon á la fantasía. Pero, con solo pasar de la voz á lo escrito, con despojarse de la música y del acento, pierden demasiado; pues el ritmo y la melodía son parte integrante de la idea y de los sentimientos. ¡Cuánto mas perderán al trasladarse de una lengua á otra! ¿Quién podrá lisonjearse de traducir en pocos versos el sentimiento profundo, contenido en la forma mas límpida y trasparente? Y las mas de las veces huyen hasta de la análisis; alas de mariposa, imposibles de manejar sin que se ajen; florecillas del bosque, que sucumben en el jardín, y que con el simple contacto ven desaparecer su frescura; diamantes, que en el crisol se evaporan.

#### § 1. CANTOS ANTIGUOS.

Queriendo reunir aquí algunos ejemplos, declaramos de antemano que no es nuestro objeto citar solo poesías hechas por el pueblo, sino tambien las que hasta él llegaron; en cuyo sentido, desde luego, se ve que puede haberlas elaboradissimas. Repetirémos que no existe nacion alguna desprovista de canciones, porque el pueblo tiene necesidad instintiva de cantar, como el ave. Cantan el pastor y el marinero, el cazador y el preso; canta el Groenlandes entre sus eternos hielos: el Lapon, miéntras unce el rengifero á su trineo, murmura medio transido de frio un canto amoroso, y por la noche junto á la lumbre recuerda á Yambley, madre de la muerte, á Sarakka, diosa de los partos, y al feroz gigante Stallo: el Negro en sus abrasadas arenas, habiendo dado hospitalidad á Mungo Park, cantaba: « Los vientos » mugen, el agua cae á torrentes. El pobre » blanco viene, y se guarece debajo de nuestro » árbol. No tiene madre que le sirva la leche » ni mujer que le prepare la harina. ¡Piedad » del pobre blanco! »

Entre los Egipcios hubo canciones populares,